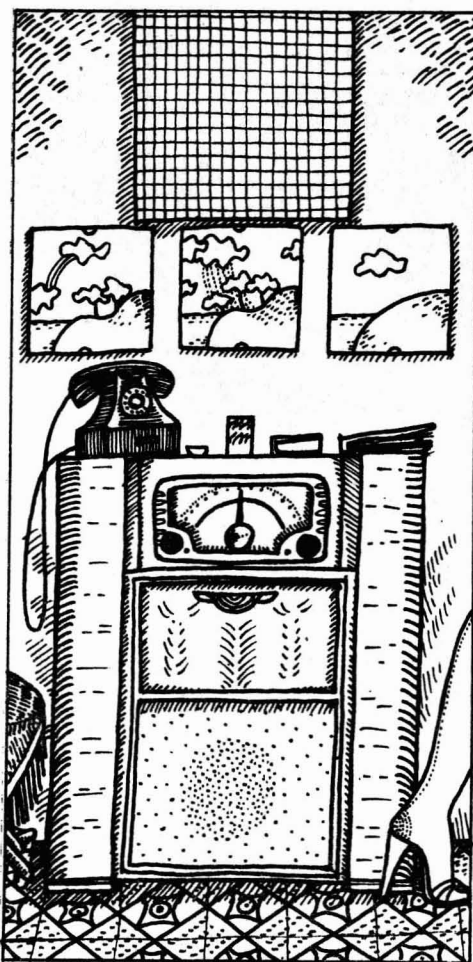


ahí que su visión de Tlatelolco apenas añada una imputación más a las glebas sorprendidas en flagrante delito de obediencia.

El fetiche de los simulacros documentales ha impedido que este individuo se convierta en un verdadero novelista. Y es que, en cierto sentido, nos sucede a todos nosotros lo que a los galos con Alesia: todos sabemos dónde está pero nadie quisiera nombrarla. Nuestra Alesia se llama conformismo y buena conciencia: es la tierra de nadie que nos permite ser espíritus intransigentemente libres y, al mismo tiempo, prestar nuestros servicios en una institución. Los ejemplos son chocantes y no hay que ir a buscarlos más allá de cualquiera de los dos lados de esta misma página. También pueden buscarse al azar, en todas las ocasiones en que el autor de *Los símbolos transparentes* quisiera hacer pasar por suyos inadvertidamente tantos y tantos lugares comunes que ahuman a diario las mesas de café. El pupilete extremista propone aquí por medio de sus personajes salidas que no lo son del todo. ¿Cuáles opciones podrían sortearse entre los "derrotados" de 1968? Todas conviven en el abanico de la diáspora: los sobrevivientes sólo podrán ser juniors, drogadictos o guerrilleros, de la misma manera unidimensional en que antes sólo podían ser héroes, de la misma manera en que la solidaridad sólo es posible entre quienes comparten el fracaso o la represión. Martré factura lo que es histórico como si fuera natural: cuando oye realidad piensa en vomitar. El realismo es aquí un cuento de la página roja, una filosofía de prefecto en cuyo horizonte el sol de la decendencia y la moralina del buen partido no se ponen nunca. La filantropía regañona es la otra cara de la inhibición de la imaginación creadora ante un poder que exige ser descrito y denunciado en sus propios términos: es la corrupción lo pernicioso, no el poder; es censurable el reventón orgiástico pero no la familia; detestable el PRI pero no el chauvinismo... La eventual, siempre comprobable ineficacia de *Los símbolos transparentes* proviene enteramente de ahí. Está en el arraigado ademán con que el autor comparte y hace suyas las versiones y diversiones oficiales de México sobre México. A ese saldo de incompetencia teórica e imaginativa se podría añadir otro pasivo: la idea de que una novela sobre el 68 debe ser un fresco histórico (Barbarie vs. Barbarie), un buceo en la escafandra nacional y un altisonante alegato contra la corrupción del



Estado, donde 68 termina siendo causado por la resaca pasional de unos cuantos poderosos y la apofonía ritual de la cruda esencia mexicana.

Tanto quiere persuadir y acusar, tanto le gustan los adjetivos a este pornógrafo de la violencia que antepone las intenciones a las intensidades, las respuestas a las preguntas, las comodidades intelectuales y los logotipos políticos a las incertidumbres y derivas de lo real mismo. ¿Los consumidores de comics tendrán que esperar otro infierno narrativo sobre el 68? Mientras tanto cada uno inventa desde siempre otro texto para saber qué significó y qué fue posible, por qué, cómo jueces partes y culpables supieron preparar su advenimiento y de qué modo hubo y no victoria en la V, resignación en la tortura, culpa en la derrota e impunidad en el crimen.

Adolfo Castañón

Carlos Fuentes: las cabezas de lo híbrido

De entre los géneros literarios, aquellos conocidos como "policiacos" o de "suspense" y tenidos como menores, son los más engañosos; llenos ya de convenciones firmemente arraigadas tanto en el desarrollo de sus argumentos como incluso en el uso del lenguaje y la sintaxis, son, también, muy propicios a la experimentación y la proposición de ideas que pueden ser hasta subversivas pero que aquí se disfrazan con el artificio de "reflejar una sociedad corrupta y criminal". Al menos, eso se ha dado en autores como Hammett, Chandler y James M. Cain, acaso los escritores más capaces de poner en entredicho una buena cantidad de instituciones norteamericanas a través de sus novelas.

En la literatura latinoamericana (y muy concretamente en la mexicana) los escasos y muy conocidos ejemplos de novelas de suspense se han refugiado siempre en el homenaje o el saqueo de los hallazgos de los escritores norteamericanos (y algunos ingleses como Greene, Agatha Christie o Ian Fleming). A veces los resultados pueden ser entusiasmantes, como *Triste, solitario y final* del argentino Osvaldo Soriano y, *Ensayo de un crimen* de Usigli, pero también se corre el riesgo del hibridismo, la ambición fallida, los objetivos desdibujados o perdidos entre alardes técnicos o de mimetismo cultural. Este es el caso de la más reciente novela de Carlos Fuentes, *La cabeza de la hidra*. *

La novela evidencia la preocupante situación de su autor, que alguna vez se consideró el mejor escritor mexicano vivo después de Rulfo y Revueltas (cuando éste vivía). Ahora entrega textos que compendian y repiten una enorme cantidad de tics culturales previsibles (personajes tomados de Faulkner hablando como Octavio Paz), números de mitificación de la realidad ya muy vistos y vituperados, grandes temas que no resisten el análisis más superficial y personajes que sólo funcionan como símbolos no muy claros. Para que el enfrentamiento entre el jefe del Departamento de Análisis de Precios de la Secretaría de Fomento Industrial, Félix Maldonado, y esa hidra de árabes, israelitas y mexicanos que anhelan traficar con el petróleo nacional

conformara la buena novela de suspenso que yace en el fondo y se asoma esporádicamente en uno que otro capítulo, se tendría que prescindir de una cantidad de elementos presentes sin los cuales habría prácticamente otra novela.

No es lo más grave en Fuentes su más bien chistosa fobia contra los rubios chaparritos y pagados de sí, como su libanés Simón Ayub, ni que escriba sobre acontecimientos supuestamente actuales pensando en la ciudad de México de hace diez años, habitada por gentes que hablan como en las películas de los 40's, ni que vea al mestizo aindiado como pieza de museo de antropología, con hombres que sonrían como las caritas de La Venta (p. 134) y viejas que son Coatlicue desvaneciéndose entre brumas (p. 254), sino los malabares que hace con todo ello y aun pretender reflejar esa "realidad oculta" que, según él, es el alma verdadera del país, que asoma pesadillesca e inesperadamente a bordo de un pesero para demostrarnos que la ciudad y sus habitantes son mágicos y trágicos en tanto pintorescos y obedientes a clichés de agresividad y oportunismo, machismo y todo lo que hayan dicho Samuel Ramos y Paz. Lo cierto es que ciudad y habitantes son para Fuentes ya no incomprensibles sino francamente estorbosos; para una novela de suspenso, que se apoya en buena parte en el ambiente urbano, esos prejuicios son letales, más aún cuando se expresan de modo tan visceral, insistente e irresponsablemente superficial como cuando dice: "No le iba (a la ciudad) esa mezcla indecisa de gente que había abandonado hace poco el traje blanco del campesino o la mezcilla azul del obrero y se vestía mal, remedando las modas de la clase media... Los indios, tan hermosos en sus lugares de origen, esbeltos, limpios, secretos, se volvían en la ciudad feos, sucios, inflados de gaseosas" (p. 14); "Sintió que los ojos negros de la limosneta lo observaban y lo juzgaban. Era lo malo de caminar a pie por la ciudad de México. Mendigos, desempleados, quizás criminales, por todos lados" (p. 23); "...Félix se preguntó si esos bultos eran realmente personas, indios, seres humanos sentados en cucullas... No lo pudo saber porque nunca había visto algo igual y no lo pudo descubrir porque no se atrevió a acercarse a esas figuras de miseria, compasión y horror" (p. 54). La opinión social de Fuentes es la del señorito que ve aterrado cómo la rebelión de las masas arruina su paisaje, proletariza y depaupera su añoranza porfiriana de



Coyoacán y el Zócalo intocables; el indio o el obrero sólo tienen, para él, dos lugares, la vitrina del museo o la estampa vernácula turística a lo Indio Fernández.

Así, pues, su héroe, Félix Maldonado, más que ser un Sam Spade o un Phillip Marlowe que chequea tarjeta, es una especie de Monroe Stahr de la burocracia local, "...economista muy distinguido, burócrata eficiente y puntual... hombre afortunado en amores y varón de cóleras repentinas, miembro disciplinado del sector popular del PRI... converso al judaísmo... Maquiavelo y Don Juan, un poquito Al Jolson y otro poquito Otelio" (p. 36). Oscilando entre la cultura popular (entendida como cinematográfica) y la "otra" (memorizar las obras de Shakespeare y Carroll), enfrentándose finalmente a un villano que es su contraparte y complemento cultural, su amigo de toda la vida (identificado sangronamente como Timón de Atenas), su jefe inmediato en la oficina (¡aunque Maldonado no sabe nunca que ambos son la misma persona!), agente de la CIA y ex miembro de la Foreign Office inglesa, éste y Maldonado son, no es necesario explicarlo más, alteregos del propio Fuentes, sus Jekyll y Hyde hábilmente opuestos y mezclados para ofrecerle el refugio de las citas y las referencias literarias y cinematográficas, las grandes cabezas y los nombres que le prestigan como algo más que un escritor, un verdadero erudito que hace el favor de escribir novelas de suspenso.

Con ello, el audaz Maldonado es, además, el personaje juguete más afligido por la literatura y los delirios culturales de su autor que recuerde: de Stahr-Spade pasa a José K. (le dice su jefe: —Yo no estoy siendo juzgado. —¿Yo sí? —replicó Félix.

"Usted tampoco, usted ya es culpable" (p. 36), y finalmente, con elegancia, a James Bond (u otro héroe falocrático) a quien el sexo se le convierte en un punto de identificación (tras haber sido sometido a una ambigua operación facial, como a Humphrey Bogart en *La senda tenebrosa*, la enfermera le dice: "No te preocupes por tu cara. Te digo que vas a quedar bien... ¿No quieres averiguar mejor si todavía eres machito?" (p. 78) y después en simbólico mesías de las mujeres ("...lo miró con ojos de ternera amarrada, eso vio Félix en la mirada de la chaparrita cuerpo de uva, árame o voy a ser siempre una esclava", p. 79; "...muy dentro de mí guardé un imposible rencor a Félix por no haberme buscado y, con suerte, enamorado a Angélica, salvado a Angélica", p. 213).

Ese funcionario tan improbable, enfrentado a villanos simbólicos, tiene que sostener toda la tesis original del libro: la política mexicana es indescifrable para cualquiera que no esté en la cumbre, controle más hilos que el presidente y obedezca a intereses transnacionales. Para el ciudadano común, aunque sea un brillante jefe de Departamento, la práctica política nacional es tan inaccesible o irracional como el Castillo o el Proceso kafkianos. Pero el desconcierto de Maldonado es tan absurdo como tramposo; es inverosímil que un técnico cultivado y pensante, que ha ascendido y recorrido puestos oficiales toda su vida, esté tan incapacitado para asumir su ambiente político cotidiano como si fuera el más despistado burócrata de ventanilla.

La cabeza de la hidra confirma hasta qué punto el innegable talento narrativo de Carlos Fuentes se puede poner en entredicho por el subterfugio de basarse abusiva-

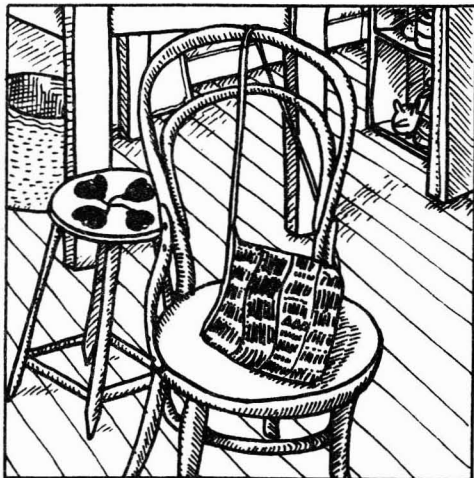
mente en todos los prestigios culturales posibles (aún los propios, como al citar a Artemio Cruz) y hacer literatura de la literatura, intentando compensar así su impotencia para asumir una realidad concreta cualquiera. Novela de la contradicción, los trucos mitificantes de su autor sólo acentúan la debilidad interna del texto, el apresuramiento de su factura, la ya lamentable colonización cultural de un escritor incapaz de ver a su país o a su literatura si no es con ojos extranjeros. En todo caso, éstas son las cabezas de hidra que amenazan con aniquilar a Carlos Fuentes.

Carlos Fuentes: *La cabeza de la hidra*, Joaquín Mortiz, México, 1978.

Gustavo García

Razón, locura y sociedad

Razón, locura y sociedad recoge las ponencias de varios investigadores —Franco Basaglia, Marie Langer, Igor Caruso, Thomas Szasz, Eliseo Verón y Armando Suárez— que dieron lugar al ciclo de conferencias celebrado en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM en julio de 1975. Los temas fundamentales que se desarrollan en estas ponencias son: la salud mental, la locura, el papel social de la psiquiatría, las consecuencias de la industrialización del psicoanálisis, los marcos teóricos de la psicología social y la evolución de la relación entre psicoanálisis y marxismo. Aunque diferentes entre sí, todos ellos guardan una



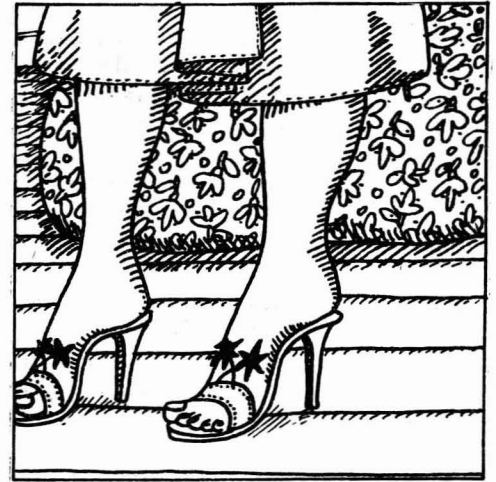
estrecha relación: la que está dada por la perspectiva crítica desde la que se realiza el análisis y en la cual los factores de carácter social y político constituyen el elemento rector que permite reunirlos, en forma coherente, en un mismo libro.

Cada uno de estos trabajos centra su atención en un aspecto que, al parecer, ha llegado a convertirse en la rémora principal de la práctica científica: la institucionalización burocrática y represiva de la ciencia y los conflictos sociales que ello produce. Franco Basaglia, a partir de su praxis psiquiátrica, analiza la cárcel y el manicomio como instituciones de la violencia: originadas de la violencia social sobre el individuo, no hacen otra cosa que reproducir esa violencia en el ámbito institucional que les es propio. Ambas instituciones fueron creadas originalmente para proteger a la sociedad —tanto en el caso del delincuente como en el del enfermo mental— de toda aquella persona que se apartara de la norma, y por lo tanto, más que fungir como verdaderos centros de rehabilitación, han llegado a constituirse en ámbitos de marginación “en los que los sujetos no son tratados por lo que son sino por las molestias sociales que ocasionan”. La terapéutica a seguir, entonces, no se apoya en una ideología de cura, que debía tender a rehabilitarlo, sino por el contrario, en una ideología de castigo, tendiente a reforzar la represión en la marginación a la que se le somete.

Thomas Szasz abunda aún más sobre el carácter represivo de la institución psiquiátrica al señalar que, al ingresar en ella, el paciente queda exento de la posibilidad de ejercer la defensa de sí mismo. No le quedará más que someterse pasivamente a los tratamientos obsoletos —electroshocks, aislamiento y castigo— que caracteriza a este tipo de instituciones. Así, en la actualidad, la práctica que define a la institución psiquiátrica no es más que el ropaje pseudocientífico detrás del que se oculta una concepción anacrónica del tratamiento del enfermo mental.

Por lo que se refiere al psicoanálisis, Marie Langer señala que su institucionalización ha llegado a convertirlo en un centro de poder, y a los psicoanalistas, beneficiarios de ese poder, en una élite económica y cultural que niega la posibilidad de que el conocimiento psicoanalítico siga otros cauces que los prefijados, de manera rígida y autoritaria, por la propia institución.

Pero es que la crisis institucional que



cada día profundiza más sus contradicciones no es más que el emergente superestructural de una crisis aún más profunda y definitiva: la crisis de un tipo de sociedad erigida sobre la base del control y del poder. La estructura interna de las organizaciones científicas no hace más que reflejar esa crisis social a través de su propia especificidad, y de ahí la necesidad de desarrollar una crítica a fondo de este tipo de instituciones. Sin embargo, el ejercicio de esta crítica, tan necesaria e impostergable, no es algo tan simple como puede parecer por su sola enunciación. Su dificultad estriba precisamente en que los científicos y profesionales que debían llevarla a cabo están inmersos en los privilegios que dimanar de esa situación. Y no es tan fácil renunciar a esos privilegios, sobre todo cuando ello implicaría el cuestionamiento de los contenidos y fines de su propia formación profesional así como de las prácticas producto de esta formación.

En general, todos los trabajos coinciden en destacar la función ideológica que cumple socialmente la institucionalización de la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología. Pero es Eliseo Verón el que pone mayor énfasis en este aspecto. Su investigación se centra en la psicología social, y, dentro de lo posible, hace una revisión exhaustiva tanto de su surgimiento (a raíz de la segunda guerra mundial) como de su objeto de estudio. El análisis de Verón pone al descubierto el hecho de que muchas de las “categorías” de la psicología social más que facilitar el conocimiento de los fenómenos que se estudian, tiende a limitarlo y simplificarlo, pues conceptos como “motivación”, “objetivos”, “metas”, “liderazgo”, etc., para explicar la conducta humana, no son